

PACO IGNACIO TAIBO II

# Cosa fácil

Una historia de  
Belascoarán Shayne



¿Quién mató al ingeniero cuando la fábrica está a punto de ir a huelga? ¿Qué esconde la adolescente hija de una vedette de segunda que puede costarle la vida? ¿Está vivo Emiliano Zapata?

Héctor Belascoarán Shayne trata de resolver estas tres preguntas en días terribles y noches sin sueño, mientras que siente que todo a su alrededor se desmorona.

Una novela que la crítica internacional ha calificado como la mejor de Paco Ignacio Taibo II, el indiscutido número uno de la literatura policiaca en México.

Para los restantes integrantes del Full,  
Toño Garst El Biznagra, Toño Vera El Cerebro,  
Paco Abardía El Quinto y Paco Pérez Arce El Ceja;  
en memoria de aquella tarde en que en lugar  
de estudiar el QUÉ HACER de Lenin,  
nos pusimos a jugar volibol.

En esta vida,  
morir es cosa fácil.

Hacer vida,  
es mucho más difícil.

V. MAIAKOVSKY

I

Sólo hay esperanza en la acción.

J. P. SARTRE

—Otra más, jefe —dijo Belascoarán Shayne.

Se había escurrido hasta la barra y había anclado los codos en ella desde hacía media hora. Allí, con la vista asida a ninguna parte, había dejado deslizar el tiempo interrumpiendo el trajinar ideológico con breves órdenes al cantinero. El Faro del Fin del Mundo, cantina de postín, estaba situada en el viejo casco de la ciudad feudal de Azcapotzalco, en lo que alguna vez había sido «las afueras», y hoy era un centro fabril más, con pintorescos pedazos de hacienda, panteones, iglesias de pueblo y una monstruosa Refinería, orgullo de la tecnología de los cincuentas.

Apuró la coca cola con limón, y recibió el nuevo vaso. Había estado tirando el ron al suelo aserrinado de la cantina y sirviéndose la coca cola en el vaso vacío, para luego añadirle un toque ácido con el limón. Esas cubas libres para niño que ingería, y que constituían su bebida única desde hacía media hora, impedían que se encontrara avergonzado de no consumir licor en una cantina. Incluso hacían que se sintiera divertido con el subterfugio.

A su alrededor, una banda de pueblo se emborrachaba inmisericordemente con mezcal y tequila. Habían venido a buscar trabajo sin encontrarlo, y estaban celebrando su desventura. Entre ronda y ronda y ronda, tocaban viejas canciones sazónándolas con trombones asmáticos y trompetas que sonaban a metales viejos.

El estruendo crecía.

Pidió otra cuba libre y repitió el proceso de arrojar el ron al piso. «Con ésta van siete», se dijo. No sabía a ciencia

cierta si estaba muerto de sed cuando entró a la cantina, o simplemente había decidido acompañar la borrachera de los músicos de pueblo. El caso es que sus cubas libres ficticias, en aquel ambiente, comenzaban a producir un efecto psicológico.

—¿Don Belascoarán? —inquirió una voz ronca en medio del bullicio.

Empinó el vaso y abandonó la barra siguiendo al hombre ronco. Caminaron sorteando músicos borrachos, prostitutas y obreros de la Refinería que iniciaban el sabadazo; llegaron hasta la mesa solitaria que existía al fondo de todas las cantinas y que permanecía siempre solitaria como esperando que Pedro Infante vestido de charro la hiciera suya. El nuevo personaje se dejó caer en la silla y esperó a que Héctor hiciera lo mismo, luego se despojó del sombrero tejano y lo depositó en la silla.

—Traigo una comisión para usted. —Tenía unos cincuenta años, la cara curtida por el sol ostentaba una cicatriz de cuatro o cinco centímetros que le cruzaba la frente; mirada profunda, ojos grises en una cara noble y dura.

Héctor asintió.

—Pero antes, tengo que contarle historia. Historia vieja es; comienza donde los libros terminaron, en la hacienda de Chinameca, con el cuerpo de Emiliano Zapata allí tendido, comido por las moscas... El cuerpo del que pensaban era Emiliano.

Hizo una pausa y apuró el tequila añejo.

—Pero Emiliano no fue a la hacienda, conocía a los enemigos y no les confiaba ni tantito, mandó a un compadre suyo que le insistió mucho. Pa' que se le quitara lo jodón. Ése fue el que murió baleado. Emiliano se escondió, y vio cómo la Revolución se moría... Ahora no lo hubiera hecho, pero entonces, tenía quemada la confianza... Ya no creía, ya no quería seguir... Por eso se escondió. En 1926 conoció a un joven de Nicaragua. Se encontraron trabajando en Tampico, en la Huasteca Petroleum Company. Emiliano

era un hombre silencioso. No tenía lengua, la Revolución le había cortado las ganas de decir palabras, de hablar. Había cumplido cuarenta y siete años contra veintiocho del joven de Nicaragua que se llamaba Sandino. Pelearon juntos allá contra los gringos... Pelearon bien. Los trajeron jodidos un buen chingo de años. Si usted se fija, puede verlo allá, siempre en una esquinita de las fotos, como no queriéndose hacer notar, como si él no estuviera allí... Pero a las horas de los cabronazos, estaba allí y estaba bien puesto. Aprendió de la Revolución, y juntó lo que había aprendido en México con lo que supo en Nicaragua. Pero Nicaragua también se acabó y Sandino quedó muerto. Las fotos quedaron allí para la historia... Por eso Emiliano regresó a México y se metió en una cueva para morir de hambre, solo.

»Pero el pueblo le dio de comer, y así fue pasando el tiempo. Y cuando se levantó Rubén Jaramillo, Don Emiliano le daba consejos. Se veían en la cueva, allí pasaban las horas... Y a Jaramillo lo asesinaron. Y don Emiliano visitó la tumba y volvió a esconderse en la cueva...

»Y ahí sigue... Ahí sigue.

El bullicio entró en la burbuja de silencio donde Belascoarán y el hombre de la cicatriz habían permanecido. La orquesta de pueblo, disminuida en tres miembros que reposaban la borrachera bajo las mesas, entraban en firme con un bolero lacrimoso en que abundaban los dolientes instrumentos de viento. Y cuanto más avanzaba la música, más serias se iban poniendo las caras, más ganaban al auditorio, compuesto en aquella hora por una docena y media de parroquianos, en su enorme mayoría trabajadores de una pequeña fundidora de la esquina. Hasta los jugadores de dominó dejaron de arrastrar las fichas y las deslizaban suavemente sobre el mármol.

—¿Que quiere de mí? —preguntó Belascoarán Shayne, de oficio detective, hijo de una ciudad en la que Zapata nunca había podido escapar del vacío de los monumentos, del helado metal de las estatuas. De una ciudad donde el



sol de Morelos no había podido romper las lluvias de septiembre—. ¿Qué quiere de mí? —preguntó Belascoarán deseando creer todo, deseando ver a aquel Zapata que tendría ahora noventa y siete años entrar galopando sobre un caballo blanco por el Periférico, llenando de balas el viento.

—¿Qué quiere de mí? —preguntó.

—Que lo encuentre —dijo el hombre de la cicatriz, y sacó una bolsa de cuero que depositó suavemente sobre la mesa.

Héctor adivinó las monedas de oro, los viejos doblones, la plata del Imperio. No tomó la bolsa y evitó mirarla. Encarñado con la historia trataba de convertirla en una alucinación más. En una de sus tantas y mexicanísimas alucinaciones.

—Supongamos que todo lo que usted me ha contado es mentira.

—Demuéstremelo. Traiga pruebas —respondió el hombre de la cicatriz y se levantó de la mesa. Apuró ya en pie el tequila y avanzó hacia la salida.

—Nomás espéreme tantito —dijo Héctor a una puerta de vaivén que se quedó oscilando. La orquesta pueblerina terminó el bolero y se lanzó hacia la barra de la cantina.

—¡Que chingue su madre la Quina! —dijo un petrolero que jugaba dominó.

—¡Que la chingue! —contestaron a coro otros tres que bebían brandy en la barra.

Héctor tomó la bolsa, la puso en el bolsillo interior de la gabardina y salió a la calle. Un chaparrón cerrado que apenas dejaba ver a cinco metros le golpeó la cara, le mojó el pelo, le llenó los ojos de lluvia.

—Putra madre —musitó—. Encontrar a don Emiliano.

El ruido de la lluvia ahogó el ruido de El Faro del Fin del Mundo. Salió caminando sorteando los charcos, evadiendo las cascadas que caían de las canaletas de los edificios, huyendo, burlando, escapando de la tormenta.

En la cabeza traía el sol del Estado de Morelos, el sol de Zapata.

El taxi se detuvo frente a la agencia funeraria. Las luces de neón amarillento iluminaban la calle y creaban un nicho luminoso en el que se depositaba la Agencia Herrera. La tormenta había amainado en aquella parte de la ciudad, aunque sus huellas resplandecían en los charcos saturados de reflejos. Un par de ancianos salían cuando Héctor entraba y trató de recoger algunas palabras claras en los susurros que seguían a los viejos como una cauda. En el patio dos coches fúnebres y una camioneta de una florería que desembarcaba coronas mortuorias.

—¿La sala tres? —preguntó a la recepcionista.

Siguió un par de flechas colocadas sobre pedestales metálicos. Para ir a dar a un salón iluminado con una luz amarillenta, donde un ataúd gris metálico, colocado sobre una gran mesa de mármol dominaba la sala aun sin quererlo, porque los presentes se habían acostumbrado a la ausencia que representaba, y hacían vida sin él.

De una sola ojeada recorrió el lugar. En la esquina opuesta a la entrada, sus tías vestidas de negro cuchicheaban. Elisa, de espaldas al ataúd, solitaria, pegada a un ventanal por el que entraba la noche, contemplaba las últimas gotas de la tormenta deslizarse por el vidrio. Carlos, su hermano permanecía sentado cerca de la entrada con la cabeza entre las manos; dos sillas más allá, la sirvienta y el jardinero de la casa de Coyoacán, de riguroso traje negro. Ante el ataúd, el abogado de la familia conversaba con el encargado de la agencia en voz tenue.

Caminó hacia el féretro en medio del silencio. Levantó la tapa y miró por última vez a su madre. La cara serena, el gesto dulce como no lo había tenido en los últimos años, el pelo gris recogido en la nuca, una mantilla española recuer-

do de aquellos años terribles, regalo de su padre, le cubría la cabeza.

—Hasta luego mamá —susurró.

Y ahora ¿qué se hace? Se llora por una mujer que es la madre de uno. Se recuerdan los momentos de cercanía, el amor. Se busca en el inconsciente, en la memoria vertebral los días de la infancia, ¿se recorren los juegos? ¿Se esconden los malos momentos, los enfrentamientos, los regaños, la distancia enorme de los últimos años?

¿Se llora?

¿Se llora aunque sea un poco, se sacuden los sentimientos hasta que salgan las lágrimas?

O dice uno: hasta luego, da la vuelta y se va.

Y eso hizo. Cerró la tapa y salió caminando.

En el patio mientras contemplaba la descarga de las flores del camión y encendía un cigarrillo, un par de lágrimas mancharon los ojos.

Elisa, su hermana llegó hasta él y lo tomó del brazo. Permanecieron en silencio, sin mirarse, sin mirar a ningún lado. Luego se sentaron en los escalones por los que la sala dos daba al patio central de la agencia funeraria. Había dejado de llover.

—El pendejo ese, abogado, quiere citarnos en su despacho mañana a las seis de la tarde, a los tres hermanos —dijo Carlos que se acercó a ellos encendiendo un cigarrillo.

—¿Fue igual cuando murió papá? —preguntó después de una pausa.

—¿No te acuerdas? —respondió Elisa.

—Qué, debería tener como seis años, ¿no?

—Más o menos... Fue peor, mucho peor. Él estaba mucho más cerca de nosotros, además éramos más chicos. Fue diferente —dijo Héctor.

—Ahora la muerte es diferente —dijo Elisa.

Héctor sintió cómo la mano que rodeaba su brazo se apretaba en torno de él.

«Hasta luego mamá», pensó. Ya no más angustia del tiempo que se escapa, ya no más noches solitarias en la casa enorme y vacía de tu hombre, ya no más añoranzas de las canciones, ya no más fotos contempladas con nostalgia de cuando cantaban para los internacionales, de cuando cantabas en Nueva York folklore de tu tierra, ya no más ojos en el espejo mirando el pelo gris que algún día fue rojo brillante. Ya no más hijos incomprensibles y descarriados. La vida se jugó, fue toda tuya. Valió la pena.

¿Valió la pena?

—Mierda, la muerte. Mierda la gente que se muera así —dijo.

Se dejó caer sobre la cama deshecha. Deshecha de ayer y de anteayer, deshecha de mañana y de varios días más, hasta que el asco le impusiera la pequeña disciplina de arreglarla, de poner sábana contra sábana, de combatir las arrugas que a esas alturas se habrían vuelto inderrotables, de golpear la almohada hasta quitarle las rocas que, quién sabe gracias a qué misterioso artilugio, se habían depositado en su interior, de sacudir el polvo vetusto de la manta oaxaqueña, el único lujo permitido, la única concesión a la estética en el pequeño cuarto de paredes vacías y muebles pelones.

Colocó las manos en la sien y frotó con las yemas de los dedos la cabeza adolorida. Titubeó, se levantó, caminó perezosamente, como se camina cuando dos ideas contradictorias comparten el espacio cerebral, hasta la gabardina arrojada en un rincón. «Tírela como la tire siempre queda como un guiñapo», pensó mirando aquella prenda insustituible, amiga. Sacó del bolsillo interior el arrugado sobre que lo había acompañado a lo largo del día, que había ganado en los paseos, en la tormenta, en los abrazos de sus hermanos nuevas muescas. Lo observó con cuidado. La dirección de la oficina escrita con una letra regular y redonda,

los timbres italianos mostraban en sepia las ruinas del Coliseo. Un diseño modernista en un timbre de entrega inmediata un poco más alargado hablaba de la premura final, del deseo de que la carta pasara de mano a mano eliminando horas.

La sopesó, la abrió lentamente, y se dejó caer de nuevo en la cama.

Inicio con la esperanza de poder explicarte que estoy haciendo aquí, y antes de haber logrado escribir la primera línea, sé que nunca nunca nunca nunca nunca podré explicar nada. ¡Como si hubiera algo que explicar! Me convengo de que las fugas no tienen destino final, sino tan sólo lugar de origen. ¿De qué te escapas? ¿De qué me escapo? Pero cuando una se escapa de sí misma, no hay adonde ir, no hay lugar seguro, no hay escondite. El espejo termina por revelar la presencia de aquella de quien huyes, a tu lado.

Te preguntarás qué estoy haciendo, cómo consumo las horas. Ni yo misma podría decírtelo. A veces una impresión, una persona, una copa de chianti, un plato de ternera con pimientos rojos, una visión del mar, me dejan una pequeña huella. Por lo demás, no soy capaz de recontar mis horas. Tan parecidas, tan diferentes, tan sin sentido son. Se van, vuelan. El enemigo debe estar haciendo algo con ellas.

Duermo mucho.

Duermo sola.

Casi siempre.

Mierda, tenía que confesarlo.

Camino como loca. Loca. Eso debe ser.

Te amo te amoamoteamo mo mo mo.

¿Aún a la caza de estranguladores?

¿Cómo decía aquella estatua del Pípila en Guanajuato:

«Aún quedan muchas alhóndigas por quemar»? ¿Era así?

Mándame la cita textual. Exacta, si es posible con foto del Pípila.

Mándame un mapa del DF. Señala las calles que recorrimos, los parques, las rutas de autobuses. Mándame un boleto de camión, una foto de mi coche de carreras. Una foto tuya tomada en San Juan de León.

Al filo de las cinco de la tarde, caminando, como la de aquel día.

Pronto me aburriré de estar huyendo de mí misma y nos veremos de nuevo.

Dime si me esperas.

¿Me esperas?

YO

La leyó de nuevo, de cabo a rabo, línea a línea. Luego pasó a ver la foto, el boleto de autobús italiano, el mapa de Venecia, el recorte de periódico, el beso impreso en tinta en una servilleta.

Regresó a la foto: Una muchacha solitaria en una calle solitaria. Un vendedor de frutas a lo lejos creaba una referencia humana. Vestía de negro, un traje largo de cuello cerrado, con amplios vuelos la falda descubriendo unas botas negras que tenían incrustaciones de colores en el cuero, en la mano derecha un periódico doblado; un clavel de tallo largo en la otra. Los tres cuartos de perfil coronados por una cola de caballo que remataba una cabeza en la que resplandecía una sonrisa.

Tras dudarle, tomó la foto y la colocó pegada a la base de uno de los cristales de la ventana aprovechando un pequeño intersticio.

La foto le sonrió desde allí, y Héctor Belascoarán Shayne, de oficio detective, rompió el ceño fruncido, la cara de piedra que le había acompañado todo el día y esbozó una sonrisa.

La vida proseguía.

Caminó hasta la cocina, encendió la radio barata que perdía la onda de vez en cuando y puso a calentar el aceite en un sartén para hacerse un bistec a la mexicana.

Mientras picaba el jitomate y la cebolla, mientras buscaba en el fondo del refrigerador los chiles y salaba y llenaba de pimienta la carne, ordenó la vida.

Era una gran broma. Ser detective en México era una broma. No se podía equiparar a las imágenes creadas y recreadas. Ningún modelo operaba. Era una jodida broma, pero cuando en seis meses había logrado que lo intentaran matar seis veces, cuando la piel tenía las huellas de cada uno de los atentados, cuando había ganado un concurso de televisión, cuando había días en que se hacía una pequeña cola (bueno, será menos, cuando mucho dos gentes al mismo tiempo) en el despacho, sobre todo cuando había logrado descifrar el (suenan fanfarrias) enigma del fraude en la construcción de la basílica, cuando había resuelto el (fanfarrias y dianas) penoso caso del asesinato del portero del Jalisco; incluso, cuando había logrado sobrevivir aquellos meses, y tomárselo todo tan en serio, y tan en broma, pero sobre todo, tan en serio, entonces, y sólo entonces, la broma dejaba de ser un fenómeno particular y se integraba al país.

Quizá lo único que el país mismo no le perdonaba era que se tomara su propia broma en serio.

Maldita soledad.

«Maldita soledad», repitió en palabras nunca dichas, y apagó la lumbre.

Y mientras todo esto pasaba, y pasaba, y dejaba de pasar, el Ejército había sacado a tiros a campesinos hambrien-